



EL AMIGO DE LA INFANCIA

Año LX

MADRID, 7 DE MAYO DE 1933

NÚMERO 19



HEBRON

ños pas
ego dije
nosotr
e mund
esto es
nía hac
sa, por
los cab
persona
con mi
uerte s
lar ni u
ballos p
el mism
animale
dando s
ron al p
esia, y
acudido
a predic
éis oído
a histori
mente c
amos, a
de nuest
ó su vid
nosotr
or los he
ir siemp
decir q
tros sem
podamo
Tita.

La letra

3,00

DAVID Y GOLIAT

Durante todo el reinado de Saúl no cesaron las guerras con los filisteos, los más fieros enemigos del pueblo de Israel. Poco tiempo después de haber sido ungido David rey, estalló una nueva guerra, y los ejércitos enemigos se encontraron en el Valle del Alcornoque, cerca de la frontera. Mas como Dios se había apartado de Saúl, éste y su ejército ya no tenían la confianza y el valor de antes para atacar y vencer a sus enemigos; pero tampoco los filisteos querían empezar la batalla, y así sucedió, que los dos ejércitos se hallaban en sus campamentos sobre dos montes, uno frente al otro, y en actitud expectante.

Había entonces en el ejército de los filisteos un guerrero gigante, llamado Goliat, de más de tres metros de talla, sumamente fuerte y atrevido. Este, armado de pies a cabeza con una armadura tan enorme, que por sí sola inspiraba temor, salía cada día, por la mañana y por la tarde, de su campamento, para burlarse de Israel y de su cobardía, y los desafiaba, diciendo: "¡A ver quién se atreve conmigo! ¡Escoged de entre vosotros a un hombre, que venga contra mí! Si él me venciere, nosotros, los filisteos, nos daremos por vencidos y os serviremos; mas si yo pudiere más que él, vosotros seréis nuestros súbditos".

Oyendo Saúl y los suyos estas palabras, se conturbaron sobremanera, y nadie se atrevía a contestarle y menos a salir a su encuentro. Así, el filisteo repitió durante cuarenta días sus palabras arrogantes de reto y el ánimo de los israelitas decaía de día en día.

En el ejército de Saúl servían a la sazón los tres hijos mayores de Isaí, padre de David. Como, según la costumbre de entonces, cada soldado debía procurarse el alimento a sí mismo, Isaí, un día, llamó a David y, en-

tregándole alguno víveres, le dijo que fuera al campamento a llevarlos a sus hermanos. David, dejando sus ovejas al cuidado de un guarda, púsose en camino. Al llegar al campamento, vió que estaba desierto sólo quedaban en él unos centinelas. Es le dijeron que el ejército había salido a batalla. A esta noticia, David, sin pensar mucho y dejando su carga al cuidado de los centinelas, se fué al frente en busca de sus hermanos. Al llegar vió que aún no había comenzado la batalla, y recorriendo las secciones, preguntó por sus hermanos.

Apenas los hubo encontrados, su atención se desvió hacia otro punto. En aquel momento acababa de salir de las filas enemigas el famoso Goliat, que volvía a retar a los israelitas en la forma acostumbrada. Al escuchar David sus palabras y ver cómo los rostros de sus compatriotas parecían reflejar profundo temor, él se asombró y, dirigiéndose a Eliab, su hermano mayor, dijo: "Pero ¿por qué os desafiáis? ¿Quién es este filisteo, para que provoque a nosotros, que somos el pueblo elegido de Dios? ¿Qué puede él contra nosotros, estando Dios mismo de nuestra parte?"

Cuando los que estaban cerca de David oyeron estas palabras, no sabían si burlarse de la ingenuidad o enfadarse por la soberbia de David, puesto que les parecía locura lo que había dicho. Sobre todo, Eliab se enojó en gran manera y reprendió a David por su atrevimiento y altanería.

Mientras tanto, se había formado un círculo alrededor de David, y sus palabras corrían de boca en boca hasta llegar al mismo Saúl. Este hizo venir al joven atrevido y David le dijo que no desmayara, puesto que él quería luchar con Goliat. Saúl, al enterarse de esto, se quedó atónito. ¿Este jo-

pastor, completamente ajeno al ejercicio de las armas, quería realizar aquello, a lo que no se había atrevido ninguno de los hombres más aguerridos de su ejército? Y le dijo: "¡No hables así! Serás muy valiente, pero no sabes lo que dices. Tú eres un mozo sencillo y él un hombre de guerra desde su juventud". E intentó disuadir a David de la aparente locura de su intención. Pero David le contestó: "Aunque yo sea sólo un pastor de ovejas, no creas que este oficio deje de tener sus peligros. Muchas veces he tenido que luchar con osos, lobos y leones, y siempre Dios me ha librado de sus garras. Yo confío firmemente que el mismo Dios me ayudará a vencer a aquel filisteo".

Viendo Saúl el propósito decidido y la confianza imperturbable de David, se allanó. Le hizo vestir de su propia armadura real; pero cuando David probó a andar con ella, tropezó y no pudo dar un solo paso firme. Entonces dijo al rey: "Yo no puedo andar con esto, porque no estoy acostumbrado a ello. ¡Déjame ir tal como estoy!"

Echó de sí la armadura pesada, empuñó su cayado, bajó a un arroyo cercano, sacó de él cinco piedras lisas, púsolas en su zurrón, sacando la honda que tenía, y sin el menor miedo salió de las filas del ejército y se enfrentó con Goliat.

Al ver éste quién era el que respondía a su reto, se echó a reír a carcajadas y, moviéndose de David, dijo: "¿Soy yo perro para que vengas a mí con palos? ¿En todo vuestro ejército no hay hombre mejor que tú, jovenzuelo, para pelear conmigo? Juro matarte en un instante como a una mosca". Pero David no se amedrentó, sino le contestó con voz clara y firme: "Ciertamente, tú vienes a mí terriblemente armado, con espada, lanza y escudo y confiado en tu fuerza. Mas yo no vengo confiado en mi valor y poder, sino en nombre y en poder de

nuestro Dios, al que tú has provocado y ofendido burlándote de su pueblo. Por esto Dios te entregará en mi mano, puesto que El para vencer no necesita de espada ni lanza, ya que El es el Todopoderoso, Señor también de los ejércitos".

A estas palabras, el filisteo se echó a andar como un ingente coloso, dispuesto a aplastar al pequeño David. Mas éste, sin perder un minuto, corrió a su encuentro, sacó rápidamente una piedra de las cogidas, púsola en la honda, apuntó y la arrojó. Unos momentos más tarde caía la tremenda mole del gigante con estruendo al suelo. Al acercarse vió David que la piedra había herido al filisteo en una sien, acarreándole en seguida la muerte. David sacó la espada del muerto de su vaina y cortóle la cabeza.

En profundo silencio los dos ejércitos habían presenciado la tan desigual contienda. Pero al ver el resultado, los filisteos, estremecidos y con gritos desesperados, se lanzaron a la huída, y el ejército de Israel, entre voces atronadoras de júbilo, persiguió a los filisteos hasta las puertas de su capital, derrotándolos por completo. A la vuelta despojaron el campamento de sus enemigos, obteniendo un botín inmenso. David tomó las armas de Goliat en memoria de su victoria obtenida con la ayuda de Dios.

Al terminar la jornada, Saúl llamó al general en jefe de su ejército, Abner, y le preguntó por el nombre y la familia del joven héroe, al que se debía la victoria. Abner, que lo ignoraba, mandó por David, y, viniendo éste, Saúl le felicitó, le prometió una rica recompensa y le tomó a su servicio como paje y escudero.

COLMO

- ¿Cual es el colmo de la mentira?
- Ir de compra, pagar con una moneda de plata y decir "cobre" MARTA MERINOS

Gente morena sigue el camino de Dios

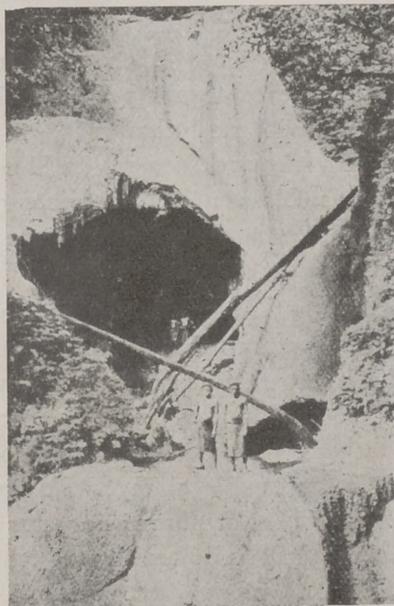
Once Papuás estaban sentados en el centro misionero en Nueva Guinea con su maestro blanco. El los estaba preparando porque desaban ser bautizados. Al cabo de mucho tiempo, y después de muchas vacilaciones, por fin se habían decidido a ponerse del lado de Anutu (Dios).

Entre ellos también se encontraba el viejo hechicero Bai. ¡Qué aspecto tan horrible tenía este hombre! La cara fea, con profundos surcos y arrugas; la cuenca vaciada de un ojo que había perdido y que desfiguraba horriblemente su cara; además, la roña que cubría su piel le convertía en un ser repugnante y asqueroso. El misionero se sentía inclinado a rechazarle, cuando vino a pedir el bautismo; pero el viejo hechicero estaba muy en serio, deseando empezar una vida nueva. Hizo su confesión: había cometido cosas tremendas, terribles muertes, espantosas brujerías. Quería verse libre de esas culpas. Para esto había acudido al maestro con la intención de conocer mejor a Anutu, el buen Dios.

A él le ocurría lo mismo que a sus diez compañeros: cuanto más tiempo conocían al misionero, cuanto más aprendían de las historias bíblicas, cuanto mejor comprendían el gran amor de Jesús, tanto más cambiaban sus rostros, sus miradas, sus palabras, sus hechos. El misionero ya no se fijaba en la cara fea del antiguo hechicero, cuando éste hablaba como un padre bondadoso a sus compatriotas más jóvenes.

Estos once discípulos también se enteraron de que Jesús había mandado a los su-

yos que fuesen a predicar y a bautizar. ¿Tendrían ellos también que cumplir este mandamiento? Temblando miraron al hombre blanco. Este contestó afirmativamente.



Pero, ¿cómo hacerlo? ¿Tendrían que ir todos juntos a las montañas para llevar allí la noticia del buen Anutu y de Jesús el Salvador? ¿A las montañas con los Hube? No; no; son bizcos y tienen rabo; ¡cómo podemos ir allí!

Pero pensar que podían ser desobedientes al mandato de Jesús les preocupaba mucho. Por esto, después de mucho titubear y vacilar, por fin se decidieron a emprender el viaje a las montañas. Todos salieron juntos, porque los Papuás nunca emprenden un viaje solos.

(Continuará)

PRECIOS DE SUSCRIPCION: Por un año: En España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00 (25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50
Librería Nacional y Extranjera, Caballero de Gracia 60, Madrid.

Imp. Castilla.- Marqués de Urquijo